

LAS OPINIONES DE C. NORTHCOTE PARKINSON EN LA ENCUESTA DE "DISCOVERY" SOBRE CIENCIA Y POLITICA

"La cantidad de libros que hoy siguen aumentando la ignorancia es impresionante"

El último encuestado por la revista "Discovery" es el señor C. Northcote Parkinson, que ha enseñado en varias universidades y escuelas militares y náuticas inglesas. Ha sido profesor de historia moderna en la Universidad Malaya y se ha especializado en historia marítima. Últimamente ha publicado un estudio sobre la "Evolución del pensamiento político", cuyas ideas se hallan resumidas en cierto sentido en su respuesta a la encuesta que comentamos, y cuya primera parte publicamos en nuestra edición anterior.

Los que piensan —comienza diciendo el prof. Parkinson— que el método científico es aplicable a los problemas políticos, merecen que se les diga, en forma algo cortante, que eso es "cientifismo" y que esta herejía ya ha sido desbaratada definitivamente. Queda, sin embargo, por definir si "cientifismo" y ciencia son o no la misma cosa. "Cientifismo" es la creencia de que con las mismas técnicas que han actuado en las ciencias físicas se puede crear eventualmente una ciencia del hombre, una antropología. Toda ciencia es un sistema de medidas y los conceptos éticos no pueden ser medidos, y es absurdo tratar de identificar "bien" con equilibrio o armonía, y "mal" con frustración o tensión. Bajo esta crítica caen los científicos que salen de sus laboratorios con la misma ingenuidad con que las monjas suelen salir de sus claustros o los sacerdotes entrar en un bar. La política nunca alcanza a ser científica, y la contribución de las ciencias sociales no logra ir más allá de un trabajo que se puede llamar de Estado Mayor.

El científismo no ha perecido, sin embargo, del todo y ha sido tomado como un evangelio por aquellos que habían perdido su ética protestante y andaban en busca de un nuevo ideal. Whyte, por su parte, el principal refutador del científismo, al conceder que el método científico es aplicable como un trabajo de equipo o de Estado Mayor, ha concedido en realidad todo aquello que un verdadero científico puede desear. Al negar que el método científico puede ser aplicado a la política no ha hecho un mal servicio a quienes se le acercan con mentalidad verdaderamente científica; solamente les ha recordado que los problemas políticos y los éticos se estudian mejor por separado.

¿Cuál es la diferencia entre política y trabajo de equipo o de Estado Mayor? Es con seguridad la distinción entre el fin y los medios. Construir una ciencia del hombre haciendo distinciones entre lo bueno y lo malo es un problema de objetivos; decidir acerca del procedimiento que hay que seguir en una asamblea es

un problema de método, y es a estos estrechos problemas políticos a los que puede aplicarse un método científico. La organización política no es un fin en sí misma, sino la armazón dentro de la cual se cumplen los fines humanos, ya sean éstos éticos, intelectuales, o simplemente de convivencia. Los fines últimos de la sociedad pueden ser éticos o estéticos, pero los problemas de la organización no son ni lo uno ni lo otro. Los principios de la investigación científica pueden ser aplicados en este sentido estricto a los políticos, y, aún más, ha llegado el momento en que deben ser aplicados.

La historia no nos muestra progresos en política que puedan ser remotamente comparados con los recientes progresos de la ciencia. Lo que nos muestra es más bien una secuencia en la que una forma de gobierno sigue a otra, no como un mejoramiento sino como una consecuencia; y las posibilidades de elección varían entre el gobierno de uno solo, o de pocos, y el de muchos. En las sociedades mejor organizadas el rey crea una nobleza que luego se hace cada vez más fuerte, demasiado fuerte para el rey, y eventualmente se apodera del poder. Seguidamente la aristocracia, cuyo prestigio ha ido difundiéndose y diluyéndose, se ve obligada a compartir este poder con un círculo de pueblo cada vez más amplio. Después de cierto punto esta forma de gobierno es llamada democracia. Esto lleva al socialismo, el movimiento en virtud del cual el pobre despoja al rico, llevando gradualmente las cosas a un estado caótico. El pueblo se vuelve hacia la dictadura como un medio de poner fin al caos, y la dictadura, con el tiempo se convierte en monarquía, cerrando el ciclo para volver a comenzar. Sería un error presentar esta secuencia como invariable, pero un error menor que trazar con ella un esquema de progreso político. Si se compara con las ciencias naturales, el estancamiento de las ideas políticas parecería ser completo. Sin embargo, el progreso científico ha recubierto la antigua tortura de la política con una nueva capacidad destructiva. En la medida en que la ciencia ha creado un peligro nuevo, no andamos descaminados al volvernos hacia ella en busca de un nuevo remedio.

Al aplicar métodos científicos el primer paso es el más difícil. Es un paso que los profetas del científismo ni siquiera han intentado. Whyte describe su posición con bastante precisión:

"... Si la ética debe ser reducida a cánones científicos, algún pueblo en particular tendrá que hacerlo, y al-

gunos pueblos particularmente tendrán que ver si los principios éticos son aplicados a la sociedad. ¿Quién tomará entonces a su cargo esta tarea?

Puesto que la mayor parte de ellos tienen inclinaciones democráticas, los nuevos utopistas toman esta cuestión con mucha seriedad. Si es malo manipular a los pueblos —y este vocablo es uno de los más sucios en el nuevo léxico— ¿cómo se puede justificar la manipulación del pueblo para un buen fin?

Es éste un problema que aún se discute muy seriamente. Pero hay una falacia en todo este parloteo. Los teorizantes toman por cierto lo que tenían que probar. ¿Dónde —se puede preguntar— habrían debido comenzar? Habrían debido hacerlo con el primer paso en el método científico, y éste es el de admitir la completa ignorancia en el problema por resolver. El segundo paso es sentir una real curiosidad acerca de lo que la respuesta puede resultar siendo. Pero los nuevos utopistas, para usar la frase de Whyte, gorjean como pajaritos acerca de la ética y de la democracia. En lugar de dejar a un lado sus prejuicios, como debe hacer un verdadero científico, están todavía en las nieblas de lo que aprendieron en el colegio y todavía no han limpiado su mente de aquella jerigonza. Roger Bacon, al hacer frente a semejantes teorías, exclamaba:

“... Si pudiera escoger mi camino, quemaría todos los libros de Aristóteles, porque su estudio puede llevar únicamente a una pérdida de tiempo, produce error y aumenta la ignorancia...”

La cantidad de libros que hoy en día siguen aumentando la ignorancia es impresionante. Estaría bien, sin embargo, si la ignorancia fuera lo único que produjeran. Porque el obstáculo principal para el progreso no es la ignorancia sino el saber; y precisamente aquel saber que tenían los médicos medievales. Estaban llenos de información, aprobada por la Facultad, adquirida en lecturas y desplegada en los exámenes. Sabían todo lo que hay que saber acerca de las costumbres del unicornio y del dragón. Conocían la importancia del horóscopo y las peculiaridades de la salamandra. Tenían montones de libros que trataban de todos estos aspectos de la medicina. Pero el progreso médico parte, en realidad, del momento en que el médico dejó de mirar sus libros y trató de mirar a

su paciente. En el campo de la política todavía no hemos llegado a este momento.

Supongamos, de todas maneras, que hemos dado el primer paso, y también el segundo, ¿cómo procederemos de allí en adelante? Primero que nada, habremos constatado que el progreso científico procede paso a paso, y cada paso descansa, no en la teoría sino en los hechos. Entonces lograremos comprender que los problemas que se proponen comúnmente son por el momento insolubles. Un buen gobierno es aquel que gobierna bien. Su efectividad puede ser medida en términos de población, fertilidad, salud, educación, eficiencia, economía, espíritu público y obediencia a la ley. Sus efectos más lejanos son ya menos susceptibles de ser medidos en términos de saber, literatura, drama, música y arte. Una cuidadosa investigación de todo lo que ha sido llevado a efecto puede revelar, para comenzar, algunos campos básicos de donde se puede partir para pensar que hay tal vez una dimensión óptima para la unidad política. Se podrá demostrar tal vez que el Estado tiende a estancarse cuando es demasiado pequeño y se hace ineficiente cuando es demasiado grande.

Si tenemos que progresar más allá de estos hechos elementales acerca del tamaño de la unidad que se debe administrar, necesitamos llamar en ayuda al antropólogo, al historiador, al psicólogo, al estadístico, y al especialista en salud pública. Con su ayuda podremos alcanzar un conjunto más lejano de problemas. ¿Cuál debería ser el número, edad, sexo de las personas a quienes se puede confiar autoridad? ¿Cuánto tiempo puede permitirse que dure una reunión? ¿Cuáles deberían ser las reglas de procedimiento? Necesitamos información de esta especie antes de que podamos llegar a conclusiones sobre las cuales basar nuestros futuros progresos. Necesitamos también una cuidadosa investigación acerca de lo que necesitan y quieren las masas populares y acerca del modo en que sus ideas pueden ser expresadas útilmente. Por este camino podemos alcanzar eventualmente al punto en que los méritos de la monarquía y la aristocracia, la democracia y la dictadura pueden ser comparados. Actualmente no existen medios de hacer esta comparación.